

lución, y recorriendo al lado de Prim las provincias andaluzas, arrojando á las muchedumbres, montado como Lafayette en un caballo blanco, Formó parte de las Cortes Constituyentes del 69, y de repente, cuando el asesinato de Prim, desapareció otra vez de Madrid, apareciendo á poco en Constantinopla de Ministro plenipotenciario.

Extrañó, pues, á todos verle aparecer en tan críticos momentos, abandonando su alto puesto, y recibióle con el despreciativo recelo que infunde siempre el enemigo derrotado, que se pasa después de la batalla al campo victorioso.

Jacobo, sin embargo, aparentando no echar de ver la frialdad con que le recibían, cercioróse por sí mismo de la verdad de las noticias de Diógenes, sin dejar traslucir tampoco la inquietud que al pronto le habían éstas causado. Él lo ignoraba todo, ó aparentaba ignorarlo; había salido dos meses antes de Constantinopla para Turín, marchado luego á Florencia y Génova, y hecho después un viaje delicioso, á lo largo de la Corniche italiana, deteniéndose en Bordighera, en Niza, y últimamente, en Mónaco cerca de una semana.

Currita miraba atentamente desde su asiento al apuesto viajero, retrato de Lord Byron, su héroe favorito, tipo adorable de hombre según ella, cuyo magnífico busto desnudo, esculpido en mármol blanco, tenía en su *boudoir*, siempre á la vista. Al pronto no le había conocido, porque difícil era reconocer en aquel arrogante mozo, al débil jovencillo Jacobo Tellez-Ponce, casado doce años ántes con la Marquesa de Sabadell, prima lejana de Currita; desde entonces no había vuelto á verle ésta, y jamás le hubiera reconocido, si, corriendo á ella Leopoldina Pastor, no le dijera:

—¿Has visto á Jacobo Tellez?...—Decían que se había casado en Constantinopla con una turca moufísima... ¿Qué traerá aquí ese indecente?

La Duquesa de Bara contestó una indecorosa paparrucha mirándole con desprecio: las señoras se echaron á reír, y Currita exclamó muy admirada:

—¿Pero es ese Jacobo?...—¡Dios mío! Si me estaba pareciendo desde aquí Byron en persona, mi poeta querido... ¡Qué semejanza tan exacta!...

Y sin esperar más explicaciones, levantóse vivamente pa-

ra ir á su encuentro: la Duquesa de Bara la detuvo brusca-mente por el vestido, y ella, procurando desasirse, decía:

—Pero mujer, si es mi primo... La abuela de su mujer y la mía, primas segundas... ¿Cómo voy yo á desairar á un pariente?.....

Este, atraído sin duda por el amor de la familia, acercábase en aquel momento al grupo de las señoras; saludólas besando la mano á la Duquesa y á Currita que eran sus más allegadas, y ésta, con mil cariñosas monerías, hízole sitio á su lado, en el banco de hierro.

La conversación giró un momento sobre el viaje de Jacobo, hasta que vino á interrumpirla la entrada del tío Frasquito, que volvía del Pasaje Jouffroy cargado de noticias. Todos corrieron á su encuentro, y Jacobo el primero; más ántes, deteniéndole Currita por el brazo, con familiaridad de prima cuarta de su esposa legítima, le dijo:

—¿Nos veremos, Jacobo?...—Quiero presentarte á Fernandito... Vivimos en el segundo piso, número 120.

La Duquesa se inclinó al oído de Leopoldina, diciendo:

—¿Oyes?...—Quiere presentarlo á Fernandito....

Leopoldina hizo una mueca, y replicó:

—Pues entonces... ¿verde y con asa?...

—¡Alcarraza!—concluyó la Duquesa.

Y las dos se echaron á reír, con inocente regocijo.

## II

Engomado, teñido, peinado y reluciente á fuerza de cosméticos, y bailando sobre las puntas de los pies, por no permitirle andar de otra manera el calzado estrechísimo, que le torturaba sin disimularlos del todo dos morrocotudos juanetes, entró con grande prisa en la terraza el tío Frasquito, tío universal de toda la grandeza de España, y de aquellos sus adyacentes de nobles de segundo orden, ricachos de todos cuños, notabilidades políticas y literarias, capigorriones de

oficio, aventureros atrevidos y personajes anónimos, que forman el *todo Madrid* de la corte, el abigarrado *dessus du panier* del gran mundo madrileño.

Llamábale todo este mundo el *tío Frasquito*, porque el buen tono así lo había decretado, y él aceptaba complacido el parentesco de todos aquellos cuya sangre azul empalmaba realmente, siglo antes ó siglo después, con la suya preclarísima; á los demás, sin rechazar tampoco lo apócrifo del parentesco, colocábalos con cierta protectora condescendencia, en la categoría de *sobrinos espurios*.

En medio, pues, de esta familia universal se destacaba el *tío Frasquito* hacía medio siglo, viendo desfilan generaciones y generaciones, legítimas ó espurias, de sobrinos y sobrinas que nacían y creían, se casaban y multiplicaban, se morían y se podrían, sin que abroquelado él tras el corsé apretadísimo que sujetaba las insolentes rebeldías de su abdomen, hubiese pasado jamás de los treinta y tres años: los suyos, semejantes á las semanas de Daniel, eran años de años, aunque más complacientes que aquellas, se alargaban ó encogían, según demandaban las circunstancias. Treinta y tres contaba cuando en el año 40 asistió á la boda de la reina de Inglaterra, acompañando al enviado extraordinario de la corte de España, y los mismos tenía cuando en 1853 presencié la de su *sobrino* Eugenia de Guzmán, con el emperador Napoleón III; casamiento desigual, *messa alianza* humillante que reprobó en absoluto el *tío Frasquito*, por no satisfacerle del todo la prosapia de Bonaparte, y aunque nunca llegó á relegar al nuevo sobrino á la categoría de los espurios, tampoco consintió en designarle de otro modo, que con el nombre de: *Mi sobrino el Conde consorte de Teba* (1).

Susurraba la leyenda que el *tío Frasquito* llevaba en su cuerpo treinta y dos cosas postizas, entre las cuales se contaba una nalga de corcho. Es lo cierto, que en el momento que lo presentamos á nuestros lectores, volviendo del Pasaje Joffroy, para confirmar á sus compatriotas la abdicación del Duque de Aosta, la obesidad había trocado su talle de pal-

(1) Sabido es que la emperatriz Eugenia, antes de casarse, llevaba por su ilustre familia el título de Condesa de Teba.

mera en puchero de Alcorcon, y el arte, la industria y hasta la mecánica, trabajaban de consuno y á porfía, en la restauración diaria de aquel Narciso trasnochado, en riesgo siempre de convertirse en acelga, como en flor se convirtió el antiguo Narciso de la Mitología griega.

El *tío Frasquito* era soltero, rico, vivía ordenadamente, no tenía vicios conocidos, ni tampoco deudas; era afable, cortés, servicial, complaciente, tenía modales de doncella pudorosa, y cadencias en la voz de damisela presumida. Coleccionaba sellos diplomáticos, bordaba en tapicería, tocaba desastrosamente la flauta y pronunciaba las *erres* de esa manera gutural y arrastrada, propia de los parisienses, que imitan en España algunos afrancesados elegantes, y es defecto natural en otros muchos, para quienes se inventó aquello de: *El perro de San Roque no tiene rabo, porque Ramón Ramírez se lo ha robado*.

Diógenes le llamaba de ordinario *Francesca di Rimini*, á veces *señá Frasquita*, y perseguíale y acosábale por estrados y salones, y hasta entre las faldas de las damas donde el afeminado prócer acostumbraba á refugiarse, con intempestivos abrazos que le arrugaban y tiznaban la inmaculada pechera, besos extemporáneos que obligaban á la pulcra víctima á lavarse y frotarse con *cold cream*, pisotones disimulados que le deslumbraban el calzado y le reventaban los juanetes, ó bestiales apretones de manos que le descoyuntaban los dedos, poniendo en riesgo de esparcirse por todas partes los treinta y dos componentes que asignaba á su cuerpo la leyenda.

Aquellos dos viejos de caracteres y costumbres tan diversas, eran, sin embargo, dos tipos rezagados de la misma sociedad, dos ejemplares fóciles de aquellos próceres del pasado siglo, manolos viciosos y cínicos unos, petimetres insustanciales y afeminados otros, que prepararon en España la ruina y el descrédito de la grandeza.

Entró, pues, el *tío Frasquito* en la terraza con ademanes de doncella atribulada, y todos se agolparon en torno suyo, acosándolo á preguntas.... ¡Todo, todo quedaba por nuevos partes confirmado, y el *sauve qui peut* era en Madrid general!!....

Corroborábase la noticia de que D. Amadeo había huído

á Lisboa con su familia, y el telégrafo transmitía los nombres de los individuos que formaban el primer ministerio de la recién nacida República.

—¡De la República española!—exclamó el tío Frasquito quitándose el sombrero, con buslesca solemnidad.

Y entre risas despreciativas y observaciones irónicas, comenzó á leer en su elegante carterita, donde estaban apuntados, los nombres de los nuevos ministros..... (1). ¡Pero que nombres, Virgen Santísima! ¡Si aquello era cosa de morir de risa!..... Figueras, Castelar, Pí y Margall, los dos Salmerones, Nicolás y Paquito..... Córdoba.

—Córrrrdoba, señorrres, Córriidoba!.... Ferrnandito Córrrrdoba rrrepublicano!.... ¡Quién lo creyerra, cuando íbamos juntos á casa de la Benavente, cuando Ferrnando VII lo envió á Portugal con su hermano Luis, detrás del infante D. Carrlos y la Princesa de Beyrra!.... Porr supuesto que yo era entonces un niño, una verdadera criaturra....

El tío Frasquito no cayó en la cuenta de que según aquellos datos, debió de haber asistido seis años antes de su nacimiento á los saraos de la Duquesa de Benavente, y prosiguió enumerando á los Ministros restantes, Echegaray, Beranger y Becerra!... ¡Santo Dios!... Si esto era para España los coz del asno, y aquellos enanillos de gorro frigio, encadenando al león de Castilla, recordaban aquella grandiosa imagen:

Ce grand peuple espagnol, aux membres enervés,  
Expire dans cet antre ou son sort le termine,  
Triete comme un lion rongé pour la vermine!

¡Y qué chistosamente cursis resultaban siempre aquellos demócratas!... ¡Pues no se les había ocurrido lo primero, ir á darle una serenata al interesantísimo D. Emilio, tocando la Marsellesa?....

(1) Suponemos que el lector comprenderá que los juicios sobre personas determinadas que aparecen en boca de los personajes de esta novela, no son juicios propios del autor, sino reflejo de los que formaba en aquella época la parte de la sociedad que dichos personajes representan. El autor, que tan sin escrúpulo de ningún género ataca de frente al vicio y á la insolencia, se reserva siempre su juicio sobre individuos determinados, y se halla muy distante de pretender herir personalidad ninguna, por despreciable que le parezca.

Ah ça ira, ça ira, ça ira...  
Celui qui s'élève on l'abaissera.  
Celui qui s'abaisse on l'élévera  
¡Ah! ¡ça ira, ça ira, ça ira!

—¡Qué delicia!—exclamó Currita. ¡Y no les echó él un discursito?...

—¡Ya lo creo!... Desde el balcón, como cantaba la Nilson en Viena; y luego obsequió á la concurrencia con carrame-los y cigarritos....

—¡Qué monada!... De seguro que este invierno tendrá recepciones.

—¡Sí! para los ciudadanos *sans culottes*.

¡Polaina!—exclamó Diógenes. En cuanto cuelgue un jamón en la puerta, tiene allí á Madrid entero, y tú, Curra, irás la primera.

Azoróse el tío Frasquito al oír la voz de Diógenes, y temiendo alguno de sus amagos de intempestivo cariño, fuese escurriendo con disimulo, soltando casi á media voz su última noticia. Anunciaba también el telégrafo que D. Carlos había entrado en España por Zugarramurdi, y que aprovechando sus parciales aquella confusión, aprestábanse á hacer un supremo esfuerzo para apoderarse de la corte.

Disgustó esto mucho á toda la concurrencia, por parecerle más temible el carlismo que la República, y en aquel momento llegó á confortar los ánimos un viejo alto, de aspecto marcial, y largos y retorcidos bigotes blancos: era el general Pastor, hermano de Leopoldina, que volvía del palacio Basilewsky de conferenciar con la Reina.

Entró, pues, el general radiante y satisfecho cual si viese ya en lontananza la cartera de la Guerra, y contestando con sonrisas y palabras huecas á las mil preguntas que de todas partes le dirigian, apresuróse á dar cuenta á la Condesa de Albornoz y á la Duquesa de Bara, de una embajada de S. M. la Reina... Esta las designaba para acompañarla al día siguiente á la capilla expiatoria del *Boulevard Haussman*, donde debía celebrarse la Misa de aniversario, algún tanto retrasada aquel año, del infortunado Luis XVI: el espectáculo prometía ser curioso, porque los príncipes de Orleans,

reconciliados con el Conde de Chambord, asistirían por primera vez en público, á aquellas simbólicas honras.

Abrió entonces el saco de noticias el general Pastor, y dando á entender con cierta vanidad política, que callaba mucho más de lo que decía, confirmó todo lo dicho por el tío Frasquito, añadiendo que la proclamación de la República era un paso gigantesco dado hacia la Restauración; que los desórdenes más terribles no tardarían en estallar en España, y alarmadas las potencias europeas con los escarmientos de la *Commune* en Francia, se apresurarían á intervenir en favor del príncipe Alfonso. Notas secretas de algunos embajadores extranjeros habían llegado ya al palacio Basilewsky, y Thiers mismo, temeroso de que el zurriago de las monarquías coligadas le deparase á él algún latigazo, negábase á reconocer la nueva República.

Tan sólo Mr. Hamlin, embajador de los Estados Unidos en España, habíase apresurado á reconocer el nuevo orden de cosas en nombre de su Gobierno, presentándose en el Palacio de la Presidencia con todo el ceremonial de costumbre en tiempos de la Monarquía, y asegurando en su discurso, con la truhanesca formalidad de Jenatham en persona, que: "Los Estados-Unidos de América, no podían menos de contemplar con emoción y simpatía, convertido en República, el imperio de Fernando é Isabel."

—¡Pues vaya con el indecente!—exclamó Leopoldina Pastor hecha una furia. Para esos yankees farsantes, igual da Figueras que Fernando el Católico, y lo mismo representa una corona que un gorro de algodón. *¡Cotton is King!*... ¡Monísimo!... ¡Y pensar que hace tres semanas bailábamos todas en su casa!... ¡Vamos! si después de todo resulta que cuando se trata de divertirse, perdemos todas la vergüenza.....

—*¡Tu dixisti!*—gritó Diógenes con grande ahinco.

—Y lo repito,—prosiguió Leopoldina. Pero yo le aseguro á ese indecente, que ha de oír de mis labios cuatro palabras bien dichas.... ¡Oh, si yo lo tenía previsto! En el último baile que dió, llevaba medias azules de algodón....

—Como que su suegro tiene en Boston una fábrica.

—¡Qué delicia!—exclamó Currita. Pues cuando den la

*Tarretiere* al yerno, ya puede el suegro regalársela la media.

—De seguro que las habrá él anunciado en la Presidencia al terminar su discurso, como aquel *preacher* yankee, que terminaba su sermón:—“Ya os he demostrado, mis buenos hermanos, que sólo por la virtud se gana el cielo. Sólo me resta, para terminar, recomendaros la magnífica sombrerería de Mr. Francis Morton, 24, Catherine Street. Allí todos los artículos son distinguidos y baratos—*Net cash*.—Que viene á ser: *No se fia*”

El timbre eléctrico que anuncia *aux hommes d'équipes* la llegada de nuevos viajeros, comenzó á repicar en aquel instante, y á poco llegó Gorito Sardona, muy conmovido, anunciando que la señora de López Moreno se apeaba en aquel momento en el *Grand Hôtel* que venía de Madrid, y que á poco más la asesinan en el camino.

—¡Trae una oreja colgando!—añadió tirándose de una suya.

Horrorizóse la concurrencia, y todos salieron á su encuentro, deseosos de ver á la banquera desorejada. La Duquesa, sin embargo, temiendo sin duda que trasladase ésta á sus orejas, las famosas hipotecas que sobre sus tierras tenía, quiso escurrirse por la sala de lectura con tan mala suerte, que fué á toparse en el patio mismo con la López Moreno, su hija Lucy, dos doncellas, un criado, diez y siete baules y número ilimitado de cajas y sombrererías. La banquera llegaba pálida y abatida, y traía en efecto ensangrentado el lóbulo de la oreja izquierda.

Al verse cogida la Duquesa, salió al encuentro de la López Moreno, exclamando muy cariñosa:

—¡Pero, Ramona!...—¿Cómo no me ha avisado V?...

—¿Avisar?—exclamó con espanto la López Moreno. ¡Gracias que llego con vida!... ¡Qué viaje, Duquesa, qué viaje!... En el camino, á poco más me asesinan... ¡Nací ayer!... ¡Un milagro: un milagro!...

—¡Qué horror!—exclamó la Duquesa.

Y mirando en torno suyo, con la esperanza de que el prodigio divino no hubiera alcanzado también al señor López Moreno, añadió:

—¡Pero dónde está su marido de V?... ¡No viene!...

La tierna esposa hizo otro gesto de espanto, y contestó sin enternecerse demasiado:

—En Matapuerca está.... ¡si es que vive!...

—¿En Matapuerca? —exclamó Diógenes. ¡No puede ser!.. Será en Matapuerco....

—No, no; en Matapuerca.—replicó la López Moreno sin emprender la pulla del viejo.

Y rodeada de todos los españoles, que atraídos por la curiosidad iban poco á poco acudiendo, la voluminosa señora comenzó el relato de sus infortunios..... De aquella heccha se llevaba la trampa á la España entera: la gente se escapaba de Madrid á bandadas, y no parecía sino que la trompeta del juicio final había sonado en la corte.

—¡Me alegro!—exclamó Diógenes. A esa trompetita estoy yo aguardando.... ¡Qué cosas han de saberse cuando diga el ángel: Cada peso duro con su dueño, y cada hijo con su padre!.....

La Duquesa le hizo callar de un abanicazo, y la López Moreno, llena de satisfacción al verse objeto del interés de todos, continuó el relato de su susto, un susto atroz, una barbaridad de susto..... El tren traía cuarenta y dos coches atestados de gente, que iba á Biarritz, á San Juan de Luz, á Bayona, á cualquiera parte con tal de pasar la frontera. En Victoria añadieron otra máquina, y entraron cuatro compañías del Regimiento de Luchana. ¡Malo!.... Por la noche todo fué bien; pero al llegar á Alsásua, ¡Virgen Santísima!... ¡¡Los carlistas!! Y de pronto---¡¡prurrrruum!!---¡Una descarga atroz!.....

—Pero de repente, hija, de repente; sin avisar siquiera, sin decir agua va: nada, nada, nada.---¡Prurrrruum!!---caiga el que caiga... La tropa ¡claro está! contesta ¡prurrrrum! ---otra descarga... Yo muerta, Lucy muerta, debajo del asfento, sin resollar siquiera, y---¡prurrrruum!!---arriba---¡prurrrruum!!---abajo, hora y media de tiritos... De pronto, se abre la ventanilla, entra una mano, me arranca una oreja, y se va.....

—¡Qué atrocidad!---exclamaron todos; y Gorito Sardona, con su guasona formalidad, añadió:

—¡Pensarían hacer una chuleta?...

—No, señor,—replicó la víctima algún tanto ofendida. Lo que pensaron fué llevarse un brillante de quinientos duros que traía en ella, y se lo llevaron en efecto... Decían luego que fué un pillete de la estación; pero a mí no me quita nadie de la cabeza, que fué el cura Santa Cruz... Como que esto era en mitad del túnel, á oscuras, y en la pared de enfrente, ví yo la sombra del sombrero de teja...

—¡Qué barbaridad!

—¿Pero V. vió a los carlistas?...

—¿Que si los ví?... Al salir del túnel, en un altito, había un monton de ellos, y en medio uno con entorchados, que era D. Carlos. Lucy decía que no; pero yo creo que sí. Uno chiquitillo, vizeo, con barba rubia, picado de viruelas, que nos hizo con el puño así...

Y la señora de López Moreno enarbolaba el suyo robustísimo, con gesto horrible de amenaza.

—Pero si D. Carlos es muy alto, moreno, con barba negra.... Yo le conocí en Vevey.....

—Pues vendria disfrazado; no es tan difícil teñirse la barba de rubio.

—Pero es imposible teniendo dos metros de largo, encojerse hasta tener la mitad.

—Podrá ser que me equivoque, pero lo dudo,—replicó la López Moreno, que no renunciaba fácilmente á la honra de haber sido amenazada por un puño real.

El general Paster oíalo todo complacidísimo, viendo en aquella catástrofe los primeros truenos de la terrible tempestad que comenzaba á desencadenarse en España. De aquel caos habia de salir la Restauración, y la política del partido dirigia, por lo tanto, todos sus esfuerzos, á excitar y mantener el desórden. Una palabra imprudente del general, reveló á los más avisados que estaba bien al tanto de aquellos manejos: preguntó á la señora de López Moreno, si al salir ella de Madrid, no se decía nada en la corte de levantamientos socialistas en Andalucía.

—¿Y me lo dice V. á mí? —exclamó la banquera con enérgica ira. ¿Pues no saben ustedes lo de Matapuerca?...

—¡Ay, por Dios, señora!---la interrumpió Currita con to.

da su aristocrática impertinencia. ¿No podría ser Mata... cualquiera otra cosa?...

--Pero si se llama Matapuerca... Es una dehesa magnífica en la provincia de Extremadura, de más de tres mil aranzadas, con veinte y siete caseríos... En fin, un pequeño reino... Era de los frailes Agustinos, y mi marido la compró cuando lo de Mendizábal...

Currita hizo un gesto de resignación pacientísima, y preguntó:

--¿Y qué ha sucedido en el pequeño reino de Mata... esos animalitos?...

--Pues nada; ¡una friolera!... Que en cuanto proclamaron la República, invadió la dehesa una horda de aquellos bandidos, asesinaron al aperador y á tres guardas, y se repartieron las tierras... López Moreno salió para allá corriendo, y estoy inquietísima... No sé lo que va hacer.....

--¿Pues qué ha de hacer?--exclamó Diógenes. ¡Polaima! Lo que hicieron los frailes Agustinos, cuando su marido de V. y Mendizábal les quitaron la dehesa... ¡Tener paciencia!... A cada puerco le llega su San Martín, doña Ramona; figúrese V. si no le llegará también en Matapuerca.. Amigo, ¡los socialistas, los socialistas!... Esos han aprendido lógica; ahí tiene V. los nuevos desamortizadores.....

La López Moreno iba á contestar muy picada, pero el general Pastor, frotándose las manos de júbilo, la contuvo diciendo:

--Nos trae V. excelentes noticias, señora... La cosa marcha viento en popa: mejor de lo que yo esperaba.

--¡Pues me hace gracia!--exclamó la banquera estupefacta. No diría V. lo mismo si le hubiesen robado una dehesa, y arrancado una oreja con un brillante de quinientos duros....

--Nada, doña Ramona; hay que resignarse por algún tiempo á ser reina destronada de Matapuerca... La Restauración la restablecerá á V. muy pronto en su trono... ¿Y sabe V. lo que estoy pensando?--añadió el general como asaltado de una idea repentina. Que la Reina tendrá mucho gusto en oír de V. misma esas noticias. ¿Tendría V. inconveniente en venir á palacio?...

La banquera pensó ahogarse de satisfacción, y la Duquesa, que se apresuraba á pagarle con honras y relumbrones, lo que no le pagaba en dinero, exclamó vivamente:

--¡Magnífica idea! Yo misma la llevaré... Mañana pido á la Señora la audiencia....

--¡Pues ya lo creo, que la Reina tendrá mucho gusto en oírla!--observó pensadamente Currita... Doña Ramona narra muy bien, y usa unas armonías imitativas de muchísimo efecto... Cada vez que dice--¡prurrrruumm!--parece materialmente que se huele á pólvora... ¡Qué deliciosa!... oírle contar la *degringolade* de Matapuerca!...

La señora de López Moreno no se enteraba de nada de esto, ocupada en dar gracias, enternecida, al general y á la Duquesa... El sueño dorado de toda su vida, ser recibida en palacio, iba á realizarse, y no le parecía cara tamaña honra, al precio de una oreja desgarrada y una dehesa perdida.

El general, por su parte, seguía la política de Butián, barrer para dentro, y calculaba ya las copiosas sangrías que en nombre de los conspiradores podría hacer su espada victoriosa, en las repletas arcas de los consortes López Moreno.

Durante toda esta escena, Currita no había perdido de vista un momento á Jacobo, que escuchaba atentamente sin darse prisa por subir á su cuarto á lavarse y descansar. Al disolverse la reunión, porque la hora de comer se aproximaba, echóle de menos Currita en la terraza: asomóse vivamente á la sala de lectura, salió al patio, y no le encontró por ninguna parte.

Por la escalera de en frente, subía en aquel momento el tío Frasquito, dando el brazo á su sobrina espuria, la reina destronada de Matapuerca, que se detenía en cada peldaño para ponderarle lo terrible de su susto, lo soberbio de su dehesa, el dolor de su oreja, lo pavoroso de aquellas descargas atronadoras....

--¡Prurrrruumm!....